

EL ESPÍRITU MARIANISTA, UN CARISMA PARA ESTE SIGLO

Esta charla no es sobre el pasado sino sobre el futuro. “El espíritu marianista, un carisma para este siglo”. Este es el título que se me dio para ella. ¿Cómo abordarlo? En él, se habla de “espíritu”, es decir, de talante, de aire de familia, de alma que anima una realidad humana; se dice que es un “carisma”, es decir, que ese espíritu es un don del Espíritu Santo para la edificación de la Iglesia; se califica este espíritu de “marianista” porque tiene su origen en la vida de una persona, el Beato Guillermo José Chaminade, y es vivido por una serie de comunidades que él fundó, de laicos, de religiosas y de religiosos, agrupadas bajo la denominación de Familia Marianista; se afirma de él que es “para este siglo”.

Ahora bien, ¿es verdad? El carisma marianista surge en un momento determinado de la historia, encarnado por una persona concreta, nuestro Fundador, que lo transmite y lo difunde con su vida. ¿Sigue hoy vigente, dos siglos después? ¿No habrá perdido actualidad? El título afirma que no, que se trata de un carisma para este siglo. Pero habrá que justificarlo. ¿Es verdad que el carisma marianista continúa respondiendo a las necesidades de nuestro tiempo? ¿De qué manera?

Permitidme, pues, que dedique una primera parte de mi charla a tratar de exponer cuáles son los rasgos característicos de nuestro carisma para pasar, en una segunda parte, a mostrar por qué y cómo sigue siendo importante para nuestro tiempo.

1. Un carisma para tiempo de crisis.

De todos es conocido que el P. Chaminade vivió de lleno y en propia carne la Revolución Francesa. Era un joven sacerdote (tenía 28 años) cuando estalló. Trasladado a la gran ciudad, Burdeos, es testigo de la persecución contra la Iglesia. Vivió la clandestinidad y el exilio. Y en lo afectivo vivió el dolor de la pérdida de sus padres en este periodo.

Como sabemos, la Revolución Francesa fue uno de esos grandes hitos en la historia de la humanidad, una verdadera convulsión histórica, que cambió la cultura, la mentalidad de las gentes y las estructuras sociales. Surge una nueva manera de concebir el mundo, las relaciones sociales y la organización del estado. Su impacto en la historia fue de profundo calado. Podemos imaginar, pues, el impacto que produciría todo ello en la vivencia de aquel joven sacerdote, recién llegado a la ciudad.

De entre los efectos de la Revolución Francesa, hubo dos que le interpellaron de un modo particular desde su sensibilidad sacerdotal:

- Su impacto en la fe de las personas.

La Revolución Francesa culmina un periodo de afirmación del hombre frente a Dios, que se había iniciado ya en el Renacimiento. El hombre se constituye en el centro de lo que existe,

afirmando el primado de su razón frente toda otra razón, incluida la divina. El profesor y artista jesuita, P. Marko Iván Rupnik, ha descrito muy gráficamente este efecto, apoyándose en los frescos de la Capilla Sixtina: “El Renacimiento da a luz una cultura europea nueva en la que el hombre se convierte en el nuevo centro universal. Este paso fundamental de la conciencia europea se ve de modo paradigmático en los frescos de Miguel Ángel en la Capilla Sixtina, concretamente en el ciclo de la creación del hombre y del mundo. En la primera pintura se presenta a un Dios fuerte, que empieza a crear el mundo. Es una figura que ocupa casi todo el campo pictórico. Poco a poco se va retirando cada vez más y empieza a envejecer. Cuando Dios crea a Eva, está ya relegado a una esquina, a un lado del fresco, donde se agazapa encorvado, viejo, con una larga barba blanca. Antes de retirarse, consigue todavía bendecir al hombre con la mano ya temblorosa.”

La Revolución Francesa, culmina, como decíamos, esta etapa iniciada en el Renacimiento. Con el endiosamiento de la razón humana, Dios ya no es ni siquiera un anciano en un rincón. Simplemente queda desaparecido de la escena. Y con su desaparición, desaparece también, lógicamente, la fe.

Este impacto de la Revolución Francesa en la fe de las personas, interpeló profundamente al P. Chaminade, que, de inmediato, vio reflejado en esta realidad aquel momento original y “originante” del pecado de la humanidad, el de la rebeldía de Adán y Eva frente Dios.

- Su impacto institucional.

La Revolución Francesa no sólo impactó en la mentalidad de las personas. Tuvo un fuerte impacto institucional. El grito emancipador “libertad, igualdad, fraternidad”, provocó un profundo cambio en las instituciones que, en mutua connivencia, habían gobernado la sociedad y tutelado al individuo, el Estado y la Iglesia, el Estado con la Iglesia, la Iglesia con el Estado.

Uno de estos cambios más profundos fue la proclamación de la independencia del Estado frente a la Iglesia. La Iglesia, ya fuertemente tocada en el Renacimiento por la Reforma y sus consecuencias, se encontró, de repente, ante una nueva realidad, en la que había perdido su tradicional modo de estar presente y actuante. “¿Cómo ha reaccionado la Iglesia durante estos siglos? – sigue diciendo Rupnik –. Habitada a su influjo en la sociedad, se ha sentido en la época moderna como el Dios representado en la Capilla Sixtina, cada vez más relegada al rincón de la insignificancia, como una realidad de segunda clase.”

El P. Chaminade se ve fuertemente interpelado por esta crisis eclesial. Vive una Iglesia perpleja y con síntomas de inanición.

Perpleja, es decir, sin saber muy bien cómo situarse y cómo reaccionar ante la nueva realidad. (Permitidme un ejemplo paradigmático, entre otros, de esa perplejidad, que tocaría de cerca al P. Chaminade y afectaría a su proyecto de fundar una congregación religiosa. Se trata de la prohibición eclesial de fundar nuevas órdenes tras la Revolución Francesa. Esta prohibición se debía a que, antes de la Revolución, los votos religiosos tenían reconocimiento y efecto civil. El religioso quedaba civilmente incapacitado para hacer actos de propiedad o para contraer matrimonio. Moría verdaderamente al mundo. Con la Revolución, el Estado deja de reconocer

ese efecto. Todo religioso pasa a ser un ciudadano normal con todos sus derechos y obligaciones. Esta nueva situación, dejó perpleja a la Iglesia. Si ya no es lo que era, ¿qué es entonces la vida religiosa?... La prohibición no se levantaría hasta unas décadas después, cuando se encuentra la vía para una nueva concepción de la vida religiosa. Y todos sabemos que el s. XIX acabará siendo uno de los más, si no el más, fecundo en fundaciones)

Atrapada en la perplejidad, la Iglesia impactada por el Revolución era también una Iglesia con síntomas de inanición. El P. Chaminade no se extendió mucho sobre este asunto en sus escritos. Nunca salió de su pluma ni de su boca nada que pudiera sonar a crítica con relación a la Iglesia. Todo lo contrario, la veneraba y la reverenciaba profundamente. Pero por lo que podemos colegir en su manera de pensar y, sobre todo, en sus proyectos, hubo dos fenómenos eclesiales que le afectaron muy directamente.

Uno es anterior a la Revolución. Se trata de la supresión de la Compañía de Jesús en la Iglesia. Como sabemos, fue suprimida por decreto papal en 1773 y no sería repuesta hasta 1814. No debemos olvidar que su hermano mayor, Juan Bautista, que también fue su principal formador en su niñez y adolescencia en el colegio de Mussidan, era jesuita, de los que se vieron afectados por la “liquidación eclesial”. Cuando uno lee los propósitos y proyectos del P. Chaminade, percibe de forma clara que, tras ellos, hay como una cierta nostalgia de lo que supuso la Compañía de Jesús. Es como si sintiera que, con su supresión, la Iglesia había perdido una fuerza apostólica potente y se había debilitado. No es difícil percatarse de que, en el trasfondo de sus fundaciones, tanto la de las congregaciones como la de la Compañía de María, están continuamente presentes su interés y su empeño por devolver a la Iglesia un “ejército apostólico” que vuelva a dinamizar su misión como lo hiciera la Compañía de Jesús en la Contrarreforma, no en su mismo modo pero sí con similar propósito.

El otro fenómeno que interpeló fuertemente al P. Chaminade y que estuvo a punto de provocar un desmembramiento de la Iglesia, es fruto de la misma Revolución Francesa. Se trata de la Constitución Civil del Clero y de la consecuente realidad de los “sacerdotes juramentados”. No es aquí el lugar ni el momento de explicar en qué consistió. Basta con saber que se trató de un intento de creación de una especie de Iglesia nacional, sustraída del poder de la Santa Sede y sometida al del Estado. Los sacerdotes que no la juraban eran perseguidos, como fue el caso del propio P. Chaminade. Él vivió muy de cerca todo este episodio dramático no sólo por la persecución sufrida sino también porque después de la Revolución, fue uno de los sacerdotes encargados de la reconciliación de los sacerdotes juramentados.

En este contexto histórico y con esta experiencia personal de fondo, se fragua la vivencia espiritual y la respuesta misionera del P. Chaminade. ¿Qué hacer en medio de esta nueva situación? ¿Qué quiere el Señor de mí aquí y ahora? Estas eran sus preguntas. Apoyándose en estas circunstancias, el Espíritu Santo le impulsaría a responder de un modo nuevo a las nuevas necesidades de su tiempo. Surge así la inspiración carismática de nuestro Fundador.

Esta inspiración fue, ante todo y sobre todo, de carácter misionero, es decir, fue una llamada a la misión pero con dos características muy marcadas y muy propias: se tratará de una misión “en nombre de María”, una misión, por lo tanto, de fuerte inspiración e impronta marianas, y de una misión centrada en la creación de comunidades como principal medio de evangelización.

Por lo que se refiere a la inspiración bíblica, podemos decir que el P. Chaminade se siente iluminado por los comienzos de los dos libros de Lucas: el relato de la Anunciación-Encarnación del Hijo de Dios en el primer capítulo del evangelio, y el de la aparición y desarrollo de la primera comunidad cristiana en los capítulos iniciales de los Hechos.

Ambos rasgos carismáticos necesitan un comentario para que podamos entender su sentido y su alcance.

2. Un carisma de inspiración mariana.

Es importante captar la razón y el modo, el porqué y el cómo, de la mirada y de la contemplación mariana del P. Chaminade.

- La razón es misionera, no simplemente devocional, y tiene sus raíces en lo que aconteció en la historia de la salvación. La salvación de Dios para el mundo tuvo en María su puerta de acceso. Aconteció con Jesucristo, el Hijo de Dios, pero no pudo acontecer sin María. Ella es la persona humana indisolublemente asociada al Hijo de Dios en la historia. Gracias a ella, el Hijo de Dios es acontecimiento, es historia... y la historia queda así recuperada, por él, con él y en él, para el plan de Dios, roto por el pecado.

Si se trata, pues, de recuperar nuestro momento presente para reintroducirlo en el plan salvífico de Dios -piensa el P. Chaminade-, la humanidad necesita de nuevo a María. Se trata, pues, en cierto modo, de volver a ser María en nuestro mundo. Se trata de prolongar su misión, su papel en la historia de la salvación. Por eso, siguiendo la inspiración del P. Chaminade, los marianistas hacemos alianza con María “para asistirle en su misión”.

Dos son, sobre todo, los misterios salvíficos que el P. Chaminade contempla en María, que son para él como las dos caras de una misma e indisoluble realidad en ella. Por un lado, María es la “llena de gracia”, y por lo tanto, es el icono de la humanidad redimida por el poder de Dios, el icono del triunfo de ese poder sobre el mal y el pecado... (Por eso pondrá las Congregaciones bajo el título de María Inmaculada) Por otro lado, ella es la “madre”, es decir, la “creyente”, la mujer de la fe, que por esa misma fe engendra a Cristo. María es también el icono de la humanidad en cuya fe, por obra del Espíritu, se genera al Redentor.

María es la respuesta perfecta de la humanidad al amor de Dios. Si Cristo es el icono del Dios Redentor, María lo es de la humanidad redimida. Y no de forma pasiva sino activa, por la fe. María nos muestra cómo la salvación que viene de Dios no se impone sino que se ofrece y por eso, requiere y aguarda la aceptación libre del hombre. Esta aceptación es precisamente lo que llamamos fe, una fe de la que María es el mejor exponente y la mejor educadora.

Esta visión chaminadiana está en el corazón del carisma misionero que de él hemos heredado. “Somos el talón de María, que aplastó a la serpiente”, diría el P. Chaminade. Por eso nos llamamos “marianistas”. “A Ella (María), está reservada en nuestros días una gran victoria, a Ella corresponde la gloria de salvar la fe del naufragio de que está amenazada entre nosotros.

Nosotros hemos comprendido este designio del cielo, mi querido hijo, y nos hemos apresurado a ofrecer a María nuestros débiles servicios para trabajar a sus órdenes y combatir a su lado.”

- El modo del acceso del P. Chaminade a María es bíblico y patrístico. Su contemplación mariana está anclada en la Sagrada Escritura e iluminada por la reflexión de los Santos Padres, cuya consideración de María como la nueva Eva, la nueva “madre de los vivientes”, dejó profunda huella en él. Por lo tanto, la visión mariana de nuestro Fundador, lo que podríamos llamar su mariología, es muy particular y propia. Podríamos decir que es fruto de una inspiración singular. Así como cuando habla de otros asuntos o temas dogmáticos o espirituales, podemos ver cómo se inspira en otros autores, no ocurre lo mismo cuando habla de María. Es aquí donde encontramos lo más original y propio de su vivencia y de su doctrina. Es pues, un rasgo que debemos conservar, cultivar y difundir con celo los que somos sus discípulos.

3. Un carisma misionero centrado en la comunidad como medio de evangelización

Otro rasgo muy característico del carisma misionero de nuestro Fundador es el de la evangelización por medio de la comunidad. Otros carismas y otros fundadores se orientan más hacia otros medios evangelizadores como la predicación o el servicio a los necesitados en sus diversas necesidades... El P. Chaminade centró su misión en la creación de comunidades de creyentes de toda edad y condición, que él llamó “congregaciones”. Fue su proyecto más querido. Pensó en él durante su exilio en España y lo llevó a cabo inmediatamente después de llegar a Francia. Regresó en octubre de 1800. En diciembre ya había reunido a los primeros miembros, un grupo de 12 congregantes, que se consagraron a María el 2 de febrero de 1801.

La mejor demostración de la importancia que tuvo para él este proyecto, es su presentación personal al Papa Gregorio XVI cuando le escribió para pedirle la aprobación de las primeras constituciones de los dos institutos religiosos, el 16 de septiembre de 1838: “Para poner un dique fuerte al torrente del mal, el cielo me inspiró solicitar de la Santa Sede a comienzos de este siglo el nombramiento de Misionero Apostólico, con el fin de reavivar o de volver a encender en todas partes la llama divina de la fe, presentando por todos lados ante el mundo asombrado grandes cantidades de cristianos católicos de toda edad, sexo y condición, que, reunidos en asociaciones especiales, practicasen sin vanidad y sin respeto humano nuestra santa religión, con toda la pureza de sus dogmas y de su moral.” (Como sabemos, el título de “Misionero Apostólico” le fue concedido por Pío VII el 20 de marzo de 1801. El Papa Gregorio XVI lo concedió también a perpetuidad a sus sucesores, en bula del 3 de diciembre de 1839).

Cuando años después de la fundación de las congregaciones, en 1816, fundara el Instituto de las Hijas de María Inmaculada, las religiosas marianistas, con Adela de Trenquelléon y algunas otras congregantes, y en 1817, la Compañía de María, también con algunos congregantes, lo hizo para asegurar el desarrollo y el cuidado de la Congregación. En palabras suyas: “La experiencia nos ha hecho comprender que para la dirección de la Congregación hace falta un hombre que no muere, es decir, una sociedad de personas consagradas a Dios para esta obra, que la dirigirían con su madurez, una vez formados en la santa obediencia, y

que se transmitirían unos a otros el mismo espíritu y los mismos medios. Este objetivo es el que dio nacimiento al Instituto de María.”

El P. Chaminade estaba profundamente convencido de que el mundo no puede ser convertido al evangelio si no le ofrecemos, como él tantas veces repetía, el testimonio de aquella primitiva comunidad, “el espectáculo de un pueblo de santos”. De esta convicción se desprende el fuerte carácter comunitario que dio a todas sus fundaciones, desde las congregaciones de Burdeos a los institutos religiosos. En su acción misionera, evangelizar y “congregar”, convertir y “agregar”, van a la par. Como decimos en la presentación de la Regla de Vid de la Compañía, nuestro Fundador, “inspirado por el Espíritu de Dios, llegó a comprender las fecundas posibilidades que una comunidad cristiana entraña para el apostolado. Una comunidad puede dar el testimonio de un pueblo de santos, mostrando que el evangelio puede practicarse con todo el rigor de su letra y de su espíritu. Una comunidad puede atraer a otros por su mismo género de vida y suscitar nuevos cristianos y nuevos misioneros, que den origen a nuevas comunidades. La comunidad se convierte así en el gran medio de recristianización del mundo. De esta intuición fueron surgiendo los primeros grupos de hombres y mujeres que el Padre Chaminade fundó como congregaciones.”

El fundamento de este principio misionero lo encontró el P. Chaminade en los Hechos de los Apóstoles, en la primera comunidad cristiana, a la que se “agregaban” nuevos miembros por el testimonio de tenerlo todo en común, de vivir con un solo corazón y una sola alma.

El nombre de “congregaciones” que el P. Chaminade dio a estas comunidades, deriva, ciertamente, de las congregaciones jesuíticas, fundadas originariamente en sus colegios y después difundidas en la sociedad como asociaciones de diferentes tipos de personas, agrupadas por sexos, por profesiones, por categorías sociales... El P. Chaminade no sólo las conoció por referencias. Tras la supresión de la Compañía de Jesús, todavía quedó en Burdeos una congregación de artesanos llevada por los capuchinos. Pero, aunque llevaran el mismo nombre, las congregaciones del P. Chaminade fueron nuevas, distintas, de nueva creación.

A quien le preguntó por qué eran distintas y nuevas, él respondió: “Después de las catástrofes de la Revolución, ¿qué hombre con sentido común no ve que las palancas que movían el orden moral tienen necesidad, de alguna manera, de otros puntos de apoyo?” Y al comparar sus congregaciones con las primitivas, subrayaba cinco diferencias, que resulta interesante conocer para percibir mejor los rasgos propios de su inspiración carismática. En palabras del P. Chaminade eran éstas:

“1º La reunión de diversos estados, de la que resulta, en las diferentes ciudades, un cuerpo social completo, ilustrado por la religión, en la que ésta es practicada públicamente y de buena fe, en toda su pureza, reproduciendo bastante de cerca la sociedad de los primeros cristianos, en este siglo de libertinaje e impiedad.”

“2º Las asambleas públicas, en las que se trata de enseñar la religión de una manera interesante y al mismo tiempo provechosa, a los que escuchan y a los que hablan... “ (Permítaseme aclarar en medio de esta cita que había dos tipos de reuniones en la dinámica de las congregaciones: las privadas, de cada congregación, y las públicas, abiertas a todo el que quisiera participar, a las que iba todo tipo de personas, incluso interesadas o curiosas simplemente)

“3° El espíritu de celo y de propagación. En las antiguas congregaciones sólo se pretendía mantener a cristianos piadosos en el buen camino. Pero en nuestro siglo, en la época de renovación en la que estamos, la religión pide otra cosa de sus hijos. Quiere que todos, de común acuerdo, secunden el celo de sus ministros y trabajen para levantarla. Es ese espíritu el que inspira nuestras Congregaciones. Cada Director es un misionero permanente, cada Congregación una misión perpetua.”

“4° La clase de los postulantes. Se llama así a las reuniones de adolescentes, a los que se recoge después de su primera comunión, cuando quedan sin ningún apoyo, expuestos a todos los peligros del mundo. Es la obra particular de algunos congregantes... Es increíble el bien que de ella se deriva, no sólo por los chicos sino también para los jóvenes que los cuidan.”

5° (Quizás tendríamos que haber empezado por aquí) Las congregaciones nuevas no son sólo asociaciones “en honor de la Santísima Virgen”: se trata de una santa milicia que avanza en nombre de María y que pretende combatir contra los poderes infernales bajo la guía y por la obediencia de Aquella que debe aplastar la cabeza de la serpiente.”

A estas diferencias que el propio P. Chaminade indicaba, habrá que añadir otra: su concepción de la comunidad como una realidad abierta (recordemos las asambleas públicas, formativas o lúdico-culturales, y el espíritu misionero), en la que caben distintos grados de pertenencia y compromiso. Es típico de él concebir la gran comunidad como integrada por círculos concéntricos. En el centro, un “núcleo duro”, consistente, de personas fuertemente comprometidas. En torno a él, otras personas en gradación de pertenencia, hasta incluso los mismos alejados, que nunca dejaron de estar en su punto de mira. Esta visión se refería sólo al interior de las personas y no se traducía en la organización ni en las estructuras. Así, por ejemplo, el núcleo más comprometido de las congregaciones estaba formado por la Congregación-Estado, un conjunto de congregantes que se consagraban con votos privados. Pero éstos no formaban un grupo aparte. Ni tampoco los demás sabían que habían hecho esos votos. Para el P. Chaminade, en las estructuras y en las formas de las congregaciones prevaleció siempre el principio de fraternidad y de comunión universal frente al de las categorías o grados.

Viviendo en comunidad y teniendo a María como modelo, la Congregación educaba la vida cristiana de los congregantes a través de los tres medios que utilizaron los cristianos desde siempre, como viene indicado en los Hechos de los Apóstoles: la oración común, la instrucción y el servicio.

- La oración común. La oración en común y la celebración de los sacramentos, especialmente la eucaristía, ha alimentado desde siempre la vida cristiana. Esta práctica no podía faltar en la Congregación del P. Chaminade. La oración en cada reunión, la recitación del Oficio de la Inmaculada y la celebración de la eucaristía los domingos, eran parte del reglamento de la Congregación.

- La instrucción. No se puede vivir la fe en medio del mundo sin formación. El P. Chaminade consideraba imprescindible que los jóvenes se formaran. Hablando a los jóvenes congregantes, decía: “La obligación de instruirse es el primero de los deberes del congregante. Un joven que

no se instruye, ¿cómo podrá tener claridad y fortaleza en la práctica de la vida cristiana? ¿Cómo podrá ganar para la fe a otros jóvenes de su edad?” Por eso, eran muy importantes en la Congregación las conferencias, las lecturas y los retiros. A través de todo ello, se trataba de “instruir”, de ilustrar la fe para poder vivirla con claridad y dar razón de ella en el mundo.

- El servicio. La vida cristiana se forma y se desarrolla en el servicio. Es lo que el P. Chaminade llamaba “la práctica de las buenas obras”. Por eso, no dejaba de invitar a todos, incluso a los jóvenes congregantes, a que se entregaran a ellas, a pesar de su corta edad. “Aunque lo que llamamos comúnmente buenas obras no parece convenir a los jóvenes, ocupados en el estudio o en otros deberes propios de su edad, hay sin embargo algunas que ellos pueden hacer para acostumbrarse al ejercicio de la caridad desde su juventud. En todos los tiempos ha habido jóvenes que, unidos por la fe y el amor, se han entregado a obras de misericordia, atendiendo a las necesidades de los pobres, instruyéndolos, visitando presos... Nos parece que estas pequeñas acciones no son gran cosa. Pero dejemos que Jesucristo las haga germinar invisiblemente...”

Si María es el icono de la humanidad redimida, la comunidad es el signo de dicha humanidad y, a la vez, su seno materno, generativo, formativo y alumbrador. Estos dos principios constituyen la esencia del carisma marianista. En ellos se inspiran todas nuestras obras y todas nuestras tareas. Si educamos, si servimos, si enseñamos, si catequizamos... es para que pueda volver a hacerse presente en la historia la fe de María, la fe que abre las puertas al Reino de Dios, cuyo signo más eminente es la fraternidad universal, la comunión de los creyentes en un solo corazón y una sola alma. Educar para la fe, expresada y vivida en comunidad, es la quintaesencia de la misión marianista en la Iglesia y en el mundo.

Hasta aquí, he hablado del pasado, del espíritu que movió desde dentro al P. Chaminade y le inspiró toda su obra. Pero no se trata sólo de un hecho del pasado. Ese espíritu sigue vivo entre nosotros. Es también presente. Y podemos reconocerlo en nuestro estilo de vida, en nuestra forma de mirar y comprender el mundo, en nuestras ilusiones y proyectos. Si los marianistas somos lo que somos y como somos, es por él. Quizás no seamos muy conscientes de ello o no lo sepamos expresar, pero estas son las raíces en las que se fundamenta nuestro aire de familia.

Pero miremos ahora hacia el futuro, recordando las preguntas que nos hacíamos al principio: ¿Es verdad que el carisma marianista continúa respondiendo a las necesidades de nuestro tiempo? ¿De qué manera?

4. Un carisma para nuestro siglo.

Doscientos años después de la Revolución Francesa, humus en el que, como hemos visto, germinó nuestro carisma marianista, estamos viviendo otra revolución de tanto, o incluso mayor, impacto cultural y social. A nadie se le escapa que estamos pasando por un tiempo de crisis profunda en la concepción del mundo, del hombre y de sus relaciones con cuanto le rodea. Una nueva forma de civilización está emergiendo. Igual que en el tiempo del P. Chaminade, esta nueva realidad tiene su doble impacto, en las personas y en las instituciones.

En las personas, la apostasía y la increencia rebelde del tiempo del P. Chaminade, ha dado paso a lo que quizás es todavía peor, la indiferencia. En el tema de la fe, el problema ya no es dar respuesta a las preguntas planteadas por la razón (así surgió toda la apologética de los siglos XIX y XX) sino hacer que surjan las preguntas que posibiliten la respuesta creyente. El hombre de hoy ya no se rebela ante la fe y la cuestiona. Simplemente se sitúa al margen, es indiferente ante ella.

Permitidme sobre este punto una vivencia personal que pertenece precisamente a mi experiencia aquí, en Valencia, en la segunda de las dos etapas en las que estuve como religioso. Era el año 1977, aquel año en el que se implantó el 3º de BUP, prolongando un curso más la estancia de los alumnos en el colegio. Un par de años antes, Ediciones SM nos había encargado, a otros dos marianistas y a mí, redactar el que sería el libro de Religión para este curso. La Conferencia Episcopal había redactado para él un programa muy denso. En el curso siguiente, COU, ya no estaba prevista la Religión en el currículo. Se trataba, pues, del último libro que iban a tener los alumnos antes de acceder a la Universidad. Se deseaba, por lo tanto, (eso nos dijeron con insistencia a los autores) que fuera una herramienta que les sirviera para afrontar desde la fe todos los cuestionamientos que sobre ella habían vertido los diferentes ateísmos e ideologías de los siglos XIX y XX. Dicho de otro modo, y en síntesis, había que fabricar un “arma apologética” a la moderna, que respondiera a las grandes preguntas y propusiera el fundamento de la fe. Con el libro “recién sacado del horno”, entré el aula del recién inaugurado curso. Súbita decepción: ya no servía. Aquellos jóvenes del último cuarto del siglo XX ya no se hacían las preguntas de los mayores. Ni siquiera entendían por qué se las habían hecho, qué les había llevado a “enrollarse” de aquella manera... ¡Qué ganas de calentarse la cabeza! Los primeros síntomas de cansancio de la razón, al que luego aludiré, se me acababan de hacer patentes.

La crisis institucional actual es también evidente. Las instituciones, empezando por la familia o por el mismo estado, están en crisis. ¿Qué está siendo del matrimonio y de la paternidad sino un juego de caprichos privados, sin estructura que les dé cuerpo, sin compromiso institucional? ¿Qué está siendo de las instituciones sociales y políticas que sostienen el estado? Cuando uno mira el panorama de la gestión pública, constata que la última generación de los políticos con ideas y con prestigio, se acabó en el último cuarto del siglo pasado. Y no me refiero sólo a España con su transición. ¿Y qué decir de la Iglesia? Basta recordar los resultados de las encuestas de opinión, sobre todo entre los jóvenes. Nadie puede negar que en nuestro mundo estamos asistiendo a una verdadera crisis institucional en toda regla. Tras esta revolución, ya no volverán a ser las mismas, así como no volvieron a ser las mismas tras la Revolución Francesa.

Ante esta crisis, las instituciones se encuentran desorientadas, perplejas, sin saber cómo situarse. Preocupadas por su desprestigio, centran todo sus esfuerzos en campañas de imagen. Creen que el problema es que no se saben presentar a sí mismas, que no se saben explicar... Pero el problema es otro y más profundo. Está en el corazón del hombre de hoy.

Nuestra época es el fruto último de la Revolución Francesa. Si con ésta se inauguró lo que se ha llamado la modernidad, hemos entrado en una nueva época, que por no saber muy bien qué va a ser, la han llamado simplemente postmoderna.

La época moderna creía que la salvación del hombre estaba en el dominio de la razón, en el mundo de las ideas, es decir, en el pensamiento racional, conceptual. La razón, el conocimiento, la lógica y los sistemas absolutos de pensamiento se convirtieron en el ámbito en que el hombre buscó su certeza...

Pero con la exaltación de la razón vino la disgregación. Emergen diferentes ópticas, diferentes lógicas, diferentes ideologías... En lugar de la certeza apareció la confusión. Y lo que es peor, la tiranía de las ideologías que se impusieron por la violencia y la fuerza, ahogando la libertad. Las dos guerras mundiales demostraron la irracionalidad de las razones humanas, y la caída del muro de Berlín dio la puntilla al poco prestigio que les quedaba a las ideologías que pretendían explicar el mundo.

El hombre postmoderno, el que resulta de esta historia reciente, es un hombre cansado de la razón y de la lógica, entregado, en consecuencia, al sentimiento y a lo sensorial, o incluso a la sensualidad simple y llana. Ya no hay para él “razones”, sólo “opiniones”, cuya verdad ya no se apoya en la realidad objetiva (ni siquiera lo pretende), sino en la mera percepción sentimental interna. “Es tu opinión; yo tengo la mía.”

Es un hombre, por lo tanto, referido a sí mismo, “ensimismado”, cerrado en sí mismo, para el que el único mundo verdadero es el de sus sensaciones interiores. Cada persona busca las soluciones a los problemas de la vida desde sí misma, por sí sola. El hombre de hoy proyecta y programa su propia realización desde sí mismo. Incluso su propia red social, al margen de las redes sociales institucionales. “Chats”, “blogs”, “facebook” y demás redes dentro de la gran red virtual, sustituyen a la familia, el vecindario, el pueblo y hasta la comunidad. La socialización de la persona no es desde fuera de ella. Ella se proyecta su propia red o se la elige desde sí misma. Las instituciones que la procuraban (familia y escuela, sobre todo) sienten cómo disminuye o se debilita su poder socializador. Crece la sensación de estar en medio de un mundo confuso en el que no nos entendemos porque ya no pertenecemos a la misma red social, no hablamos el mismo lenguaje. “Este proceso de subjetivismo creciente, de autoafirmación – dice Marco Iván Rupnik, al que ya hemos citado –, se ve muy claramente en el arte contemporáneo. Todo artista quiere ser original... Tener un estilo propio en el lenguaje, en la expresión, significa ser un genio, un hombre de éxito... Eso, en sí mismo, podría ser también algo positivo porque supone una gran explosión de creatividad. Pero, al mismo tiempo, se da una total incomprensión, la ausencia de códigos para la comprensión recíproca. Un lenguaje completamente personal, subjetivo, se hace para el otro totalmente incompreensible. Así toman fuerza las gramáticas subjetivas, los códigos privados, que resultan inaccesibles para los demás.”

En consecuencia, el hombre postmoderno vive entregado a la técnica, a todo aquello que le capacite para manipular la realidad, sin preguntarse lo que esa realidad es ni lo que requiere de él. La vida se convierte en una especie de juego de ordenador, que pretende manipular la realidad al modo de un guión virtual. La aspiración suprema es tener las herramientas para hacerlo, los medios económicos y la técnica para conseguirlo.

Es evidente que una situación así cierra totalmente la puerta a la fe. Y mucho más todavía, dicho sea de paso, a la vocación, puesto que tanto la una como la otra hacen referencia a alguien que llama desde fuera de mí, que se me ofrece y me solicita. Y si quiero caminar con

él mi vida, he de abrirle la puerta y salir de mí mismo en respuesta a su llamada. El ensimismamiento del hombre, encerrado en su subjetivismo, es el gran obstáculo para la fe. (Este ha sido precisamente el motivo que me ha inducido a escribir mi tercera circular a mis hermanos sobre el tema de la obediencia, con el título Hágase en mí según tu palabra)

¿Qué hacer en estas circunstancias históricas que nos toca vivir? Discípulos de nuestro Fundador, herederos de su inquietud misionera, no podemos dejar de plantearnos esta pregunta: ¿cómo dar respuesta a las necesidades de nuestro mundo en orden a abrirlo, a propiciar su apertura a la fe?

Ante todo, a la hora de dar respuesta a estas preguntas, hemos de tener en cuenta que, sea el que sea nuestro plan misionero para el mundo de hoy, tendrá que partir de dos supuestos ineludibles de hoy en adelante:

- La libertad de la persona como valor básico e inviolable de su dignidad. Es el fruto positivo que nos ha dejado la historia reciente, reconocido por la Iglesia en el Concilio Vaticano II (*Gaudium et spes, Dignitatis humanae*). El respeto incondicional a la libertad de la persona es condición *sine qua non* para el acceso a la fe porque ésta o es respuesta absolutamente personal y libre, o no lo es. Este respeto resulta a veces incómodo a las instituciones y, por ello, se sienten a menudo amenazadas por la tentación de la imposición de criterios y normas por la fuerza o en virtud de un poder que se añora. Pero el fruto de cualquier forma de coerción es la sumisión, cuando no la rebeldía. En todo caso, nada que tenga que ver con la fe. La historia no ha pasado en balde y hemos aprendido la lección: nunca más la fuerza coercitiva o impositiva para evangelizar, para inducir la fe. Tampoco el moralismo, que es lo primero que rechaza el hombre de hoy por encontrarlo encorsetador de su preciada libertad.

- El desprestigio de la razón. La evangelización no puede consistir en llevar ideas a un mundo que está lleno y un poco harto de ellas. Ni los discursos ni los documentos van a provocar la fe sino la indiferencia, cuando no el rechazo. Lo sabemos bien, incluso por propia experiencia.

En una palabra, ni la moral ni los dogmas tienen impacto evangelizador en el mundo de hoy. Quizás no lo han tenido nunca porque no es lo suyo evangelizar. Son frutos y no raíz de la fe. Son consecuencia de lo que se cree, no causa por la que se cree.

El esfuerzo evangelizador tiene que ponerse en sacar al hombre de su ensimismamiento para devolverlo al mundo relacional del que no puede separarse sin condenarse a sí mismo a la perdición. La persona humana es un ser en relación, que se hace en la relación y que, por lo tanto, se niega a sí mismo cuando se encierra en sí mismo y proyecta el mundo desde sí mismo.

Como he escrito en mi última circular: “Somos el fruto de las relaciones que vivimos, que hemos vivido y que seguimos viviendo. Cuando afirmamos esto, no nos referimos a las relaciones superficiales y meramente ocasionales sino a aquellas que podríamos llamar “fundantes”, las que nos van formando como personas. Las ha habido y las hay liberadoras, que van haciendo surgir en nosotros lo mejor de nuestras posibilidades humanas más allá de lo puramente instintivo; las ha habido y las hay, quizás, opresoras y alienantes. Pero lo cierto es que, para bien o para mal, sin ellas no seríamos lo que somos. Ahí están y seguirán estando.

Son ineludibles. Y quien dice no “depender” de ellas es porque todavía no ha profundizado en la realidad de su vida o no ha alcanzado la lucidez suficiente para reconocerlas.”

Ahora bien, el único medio que tenemos para ayudar al hombre de hoy a salir de su ensimismamiento es llevarle a descubrir que su salvación está en recuperar esa relación “fundante” que es la única que le hace verdaderamente persona: la que busca exclusivamente el bien del otro, la que se impone sin avasallar, la que solicita sin dominar, la que da sin pedir nada a cambio, y respeta siempre la libertad del otro. En una palabra, la que se nos ofrece en el amor de Dios. El único lenguaje con el que evangelizar al mundo es el del amor de Dios. Hasta que el hombre no lo descubra, no accederá a la fe, que no es sino la respuesta amorosa y libre, en reconocimiento de tanto bien recibido de Él.

Podemos entender en esta línea las tres encíclicas programáticas de los últimos papas, que han pretendido ser, como todas, evangelizadoras para nuestro mundo, pero que adquieren un valor particular por el hecho de ser las primeras de sus respectivos pontificados. Por eso las he llamado programáticas, porque, en el fondo, expresan la esencia de lo que creen que hay que decir al hombre de hoy:

- *Ecclesiam suam*, de Pablo VI, por la que hizo un llamamiento a la actitud de diálogo por parte de la Iglesia, que en el fondo es la actitud del amor, renunciando en la relación con el otro a tener la razón de antemano y de poseer en exclusiva la verdad. No es que los creyentes no poseamos la verdad sino que no somos dueños del modo como esa verdad se comunica. Y este modo debe ser dialogal si queremos que sea libre.

- *Redemptor hominis*, de Juan Pablo II, en la que presentaba la verdad del hombre en Cristo, propuesta amorosa del Padre a la humanidad.

- Y finalmente, por supuesto, *Deus caritas est*, de Benedicto XVI.

Ayudar al hombre de hoy a salir de su ensimismamiento recuperando la relación fundante con Dios, que es la única que le puede conducir a su plenitud humana. Si éste es el verdadero proyecto misionero que nuestro mundo necesita, ¿cómo no reconocer el valor de nuestro carisma marianista para seguir contribuyendo a la misión evangelizadora de la Iglesia?

Es evidente que el retorno a María en el episodio de la Anunciación-Encarnación del Hijo de Dios se hace urgente en nuestro tiempo. Sigue y seguirá siendo siempre el relato raíz de la salvación, aquél con el que empieza la evangelización del mundo. En él podemos contemplar el reflejo de las tres encíclicas a las que he aludido antes: la actitud dialogal del Padre que, antes de pedir, da y espera la respuesta del hombre; el anuncio y la propuesta del Hijo, Jesucristo, como redentor; la respuesta creyente de la humanidad en María; el don del amor de Dios, el Espíritu Santo, que fecunda, que todo lo recrea. Si la misión de la Iglesia, si nuestra misión, dejara de tener su punto de mira en este relato, traicionaría el mismísimo plan de Dios.

Y en el vértice humano de esta escena, María. ¿No sigue siendo acaso ella el mejor icono de la creyente, de la que, saliendo de sí entrega su vida en manos de quien la ha colmado de las gracias y bienes de su amor? ¿No es María, precisamente, el mejor modelo de la fe auténtica y radical, antecedente a todo dogma y a toda moral? Ella no dejará nunca de ser quien abre las puertas de la humanidad a la relación salvadora con Dios. Los marianistas seguimos

reconociendo con el P. Chaminade que “todas las herejías han tenido que inclinar su frente ante la Santísima Virgen, y poco a poco Ella las ha reducido al silencio de la nada”. “El poder de María no ha disminuido. Creemos firmemente que Ella vencerá este herejía como todas las demás.” También, por supuesto, la indiferencia de nuestro mundo.

Si el retorno a María es hoy imprescindible, lo es igualmente el retorno a la promoción de verdaderas comunidades cristianas, como ámbitos en el que ese amor de Dios se vive, se reconoce, se celebra, se corresponde y se sirve. En definitiva, el ámbito de la comunión en el Espíritu, en el que cada uno experimenta y vive su ser de hijo del Padre y, por consiguiente, de hermano universal.

Queridos amigos, este tiempo que nos toca vivir es más el de la decepción que el de la rebelión. El hombre de hoy, decepcionado de tantas palabras huecas, de tantos proyectos fallidos, ha optado por cerrarse en sí mismo. Pero esa no es su verdadera casa. Como el hijo pródigo, volverá a añorar la casa del Padre. Es más, ya hay síntomas, creedme, de que empieza a añorarla.

Pero cuando libremente decida volver a ella, necesita encontrar la verdadera casa del Padre y no la del hijo mayor. Necesita encontrar un seno materno que, como en el cuadro de Rembrandt, lo acoja sin reproches, y no como extraño ni como siervo, sino como verdadero hijo y, por lo tanto, verdadero hermano. Necesita encontrar una comunidad, una Iglesia, regenerativa, maternal, mariana. Los marianistas podemos y debemos seguir contribuyendo a ello. Es mi mayor deseo que así sea.

Manuel Cortés, SM